

HQN™

Autora best seller del New York Times

BRENDA NOVAK

*Una mujer a
la que amar*



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2013 Brenda Novak, Inc.
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
Una mujer a la que amar, n.º 81 - mayo 2015
Título original: Home to Whiskey Creek
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6317-0
Editor responsable: Luis Pugni

Una mujer a la que amar (HQN) (Spanish Brenda
Edition) Novak

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Índice](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

A Anna,

Realmente disfruto trabajando contigo.

Gracias por ser tan fiable, responsable y colaboradora. Tú me has ayudado a hacer de mi subasta anual *on line* para la investigación sobre la diabetes un acontecimiento fabuloso.

Te considero una buena amiga y una gran bendición.

Capítulo 1

El pasado nunca muere. Ni siquiera pasa
William Faulkner

No había manera de que pudiera llegar hasta ella, no con las manos desnudas. Y Noah Rackham no tenía otra cosa: solo su bicicleta de montaña, que yacía en el suelo a pocos pasos de distancia. En el maletín de debajo del sillín guardaba una cámara de repuesto, la pequeña herramienta de plástico que le facilitaba el cambio de rueda y un poco de grasa para la cadena, pero ni cuerda ni linterna. No habría guardado esas cosas ni aunque hubiera dispuesto de sitio. Por una vez, había salido a dar un paseo rápido antes de la puesta de sol y no había planeado demorarse más que un par de horas. Además, ya nadie se acercaba a la vieja mina. No desde que su hermano gemelo había muerto en una de sus galerías quince años atrás, justo después de que se graduara en el instituto.

—¿Hola? —arrodillándose al pie del hueco donde alguien había arrancado las tablas que protegían aquella entrada secundaria, llamó a la voz que se escuchaba abajo, en el vacío.

Escuchó su propio eco, seguido del firme goteo del agua, pero eso fue todo. ¿Por qué no respondía la mujer? Unos pocos segundos antes, había gritado pidiendo ayuda. Esa era la razón por la que se había detenido y se había acercado a investigar.

—Hey, ¿sigues ahí?

—¡Sí, estoy aquí!

Gracias a Dios que había respondido.

–Dime cómo te llamas.

–A-Adelaide... Pero mis amigos me llaman Addy. ¿Por qué?

–Quiero saber con quién estoy hablando. ¿Puedes decirme lo que sucedió?

–Solo sácame de aquí. ¡Por favor! ¡Y date prisa!

–Lo haré. Relájate ¿quieres, Addy? Ya se me ocurrirá algo.

Maldiciendo por lo bajo, se sentó sobre los talones. Delante de él, la pista que se juntaba con el sendero por el que había estado circulando desaparecía detrás de una curva cerrada. A su izquierda estaba la montaña, y a su derecha los rápidos del río, a unos treinta metros más abajo. A su espalda él veía el mismo escenario. Árboles. Maleza espesa, incluida una abundancia de robles. Tierra húmeda. Restos de la mina. Y el cielo cada vez más oscuro. No había nadie más, lo cual no era nada extraño. Muchos ciclistas y senderistas utilizaban aquel sendero, pero por lo general en los meses más cálidos, y nunca después de la puesta de sol. Las colinas de Sierra Nevada, y el pueblo de la era de la fiebre del oro en el que había crecido, estaban húmedos y helados a esas alturas de mediados de octubre.

¿Debería volver sobre sus pasos hasta la entrada principal de la mina? ¿Intentar meterse en ella como en los viejos tiempos?

Había pasado por delante de la entrada de la mina. Alguien había levantado una oxidada valla para evitar que los niños se colaran dentro. Noah no habría podido entrar por allí, no sin utilizar un corta alambres o al menos la cuña de un martillo. La entrada y aquel hueco ni siquiera podían estar conectados. Era muy probable que no fuera así, ya que en ese caso quienquiera que se hubiera quedado atrapado allí habría podido salir por la entrada... eso en el caso de que hubiera sido capaz de moverse.

Se montó en la bicicleta y se acercó hasta allí para echar un vistazo. Evidentemente la valla, con su correspondiente cartel de peligro, estaba clavada a la roca de la entrada. No podía cortarla; no tenía las herramientas adecuadas, ni na-

da que pudiera sustituirlas. El único objeto extraño en la zona era el ramo de flores que se marchitaba en el barro. Noah supuso que Shania Carpenter, la novia de Cody, lo habría dejado allí. Probablemente había subido a la mina para conmemorar el aniversario de cuando había empezado a salir con Cody, o la primera vez que habían hecho el amor, o... o lo que fuera. Se había casado, se había divorciado y había tenido un hijo, por ese orden, pero nunca había llegado a recuperarse de la muerte de Cody.

Como tampoco lo había hecho Noah. Tenía la sensación de que una parte de él había muerto aquella noche.

Y en ese momento la vida de otra persona podía acabar de la misma manera.

Convencido de que la entrada de la mina no era la solución a su problema, volvió al hueco. Ni siquiera habría reparado en aquella otra entrada de no haber sido por el grito de ayuda que escuchó. Las tablas que alguien había arrancado haciendo palanca estaban tan cubiertas de musgo que se confundían con el entorno.

—No voy a ser capaz de sacarte de ahí —gritó—. ¿Ves alguna otra salida? ¿Algún túnel que a lo mejor no está tapiado?

Teniendo en cuenta lo que le había sucedido a su hermano, se preguntó si sería seguro que se moviera.

—No. Yo... ¡lo he probado todo!

La histeria que destilaban aquellas palabras lo preocupó.

—Está bien. Escucha. Sé que estás... asustada, pero intenta permanecer tranquila. ¿Estás herida?

—No lo sé.

Parecía como si no tuviera aire suficiente para respirar normalmente, pero Noah no podía saber si eso se debía al miedo, al cansancio o a las heridas.

—Ayúdame, por favor.

Quería ayudarla; el problema era que no sabía cómo. El hueco era demasiado profundo para que pudiera bajar hasta ella sin cuerda. Pero si se marchaba para reunir a un equipo de rescate, no estaba seguro de que ella siguiera viva para cuando volviera. Intentar traer a otros le llevaría de-

masiado tiempo. Allí no había espacio para que aterrizara un helicóptero. Y tampoco sería fácil que subiera una ambulancia. Un jeep o una camioneta todoterreno podrían conseguirlo, pero aun así sería peligroso de noche. Las inundaciones de unos años atrás habían arrasado trechos del antiguo camino.

Pero si se quedaba, no tardaría en irse la luz y no tenía linterna. Aunque se las arreglara para izar a la mujer, ¿cómo cargaría con ella en plena noche?

—¿Puedes andar?—gritó.

Hubo un ligero retraso en su respuesta.

—¿Cuánto de lejos?

—Me preguntaba si tenías movilidad, para poder calibrar la situación.

—Yo... tengo movilidad.

Eso ya significaba algo. Significaba que no estaba tan malherida, así que podía sentarla en su bicicleta mientras él corría a su lado. Eso si podía llegar hasta ella.

Estaba seguro de que tenía una linterna y cuerda suficiente en la camioneta. Podría incluso llevarle comida o alguna que otra cosa que fuera de utilidad. Un suéter le haría entrar en calor, al menos. Podría usarlo él, si ella no lo necesitaba. Había hecho un día bueno, razón por la cual se había puesto sus culotes de malla fina y la camiseta, pero la temperatura estaba bajando por momentos.

—Aguanta—gritó—. Tengo que ir un momento a mi camioneta, pero volveré. Te lo prometo.

—¡No me dejes sola!

El pánico había animado aquellas palabras.

—Volveré—repitió.

La tensión le apretaba el estómago mientras ignoraba sus palabras y metía los pies en los pedales. El terreno irregular, las rocas y las raíces, desafíos que tanto solían gustarle, se convirtieron de repente en incómodos obstáculos que le hacían temblar pese a los caros amortiguadores de la bicicleta. Estaba corriendo a una velocidad que nunca había alcanzado, sobre todo en aquel trecho en particular,

que requería de tanta técnica, pero no tenía otra elección. Si no lo conseguía...

No quería ni pensar en lo que podría suceder si no lo conseguía. Había visto la cabeza aplastada de su hermano. Como familia, habían tomado la decisión de no presentarlo en un ataúd abierto.

Saltaban los guijarros, expulsados por las ruedas de la bicicleta en los tramos de grava. Esperando arañar unos minutos, saltó un empinado terraplén con el que solo se atrevía cuando buscaba un máximo de dificultad.

Lo consiguió y aterrizó al otro lado sin sufrir percance alguno. Para cuando el sendero se allanó, le ardían los pulmones y le temblaban los cuádriceps, aunque sabía que eso tenía más que ver con el miedo que con el ejercicio físico. Era el propietario de Crank It Up, la tienda de bicicletas de Whiskey Creek, y competía como profesional. Gracias a interminables horas de entrenamiento, su cuerpo podía soportar esos esfuerzos. Eran los recuerdos del día en que se enteró de la muerte de su hermano y la aterrorizada voz de Addy lo que se lo estaba poniendo tan difícil.

Dado que la vida de Addy dependía de su rendimiento, se obligó a forzarse al máximo, pero la luz se estaba yendo con mayor rapidez de lo esperado. ¿Y si no podía ver lo suficiente a la vuelta? Teniendo en cuenta lo estrecho que era el sendero en algunos tramos y el escarpado cortante de uno de sus lados, su rueda podía tropezar con una roca o un surco del endurecido suelo, derribándolo y arrojándolo al río helado, un accidente al que casi seguro no sobreviviría. La pista, aunque mucho más ancha, le habría llevado el doble de tiempo.

«No te caerás». Conocía demasiado bien aquel sendero. Era en aquel lugar donde se sentía más cerca de su hermano, y no porque Cody hubiera muerto allí. Habían empezado a hacer bicicleta de montaña a los trece años, y por aquel entonces solían explorar constantemente aquellas montañas. Fue así, de hecho, como encontraron la mina. Y fue Cody quien la convirtió en un lugar muy popular durante las últimas semanas del instituto. Los chicos y chicas po-

dían llevarse alcohol y besuquearse sin que los viera nadie ni les molestara la policía, así que el núcleo principal del equipo de béisbol había montado fiestas que ocasionalmente se habían salido de madre. Para el final, Noah había dejado de ir. No le había gustado ver a su hermano esnifar cocaína, como tampoco su manera de comportarse cuando estaba colocado. Noah había temido también que Cody dejara embarazada a Shania antes de que tuvieran oportunidad de terminar los estudios, entre otras cosas porque no había querido irse a la Universidad de San Diego State sin él. Desde que nacieron, lo habían hecho casi todo juntos.

Le había mencionado esos riesgos a Cody muchas veces, pero tantas advertencias no habían servido de nada. Aunque Shania no había estado en la fiesta, ya que sus padres la habían mandado a Europa cuando recibió su diploma, su hermano se había trastornado un poco aquella noche con tanto alcohol y tanta droga, lo cual había terminado por costarle la vida. Por lo que Noah había oído, la fiesta que Cody había organizado la noche de su graduación había sido de lo más salvaje.

Quizá si su hermano hubiera tenido un poco de cabeza, habría vuelto sano y salvo a casa como todos los demás...

Tras unos cuantos giros y vueltas, Noah alcanzó por fin la zona de grava del arcén de la carretera donde había aparcado, y aceleró en la recta.

Sudaba a mares en el instante en que frenó, pese al frío, que apenas notó mientras rebuscaba en su camioneta. Encontró una sogá en la caja de herramientas y una sudadera debajo del asiento, junto con una linterna y una reserva de pilas. Transportaba ya toda su provisión de agua en una mochila anatómica a la espalda. Desgraciadamente se había bebido ya la mayor parte, pero encontró un equipo de primeros auxilios en su nevera, lo cual fue un pequeño consuelo.

Tenía lo que necesitaba, pero en caso de que las cosas no salieran bien, quería llamar pidiendo ayuda para poder tener un equipo de rescate esperando.

Había escondido el móvil debajo de la esterilla del coche para que no estuviera a la vista. Varios meses atrás había habido una oleada de robos en vehículos, cortesía de un grupo de adolescentes que fumaban droga y se pasaban todo el verano en el río. «Ratas de río,», solían llamarles.

Recogió el móvil y revisó que estuviera operativo. La cobertura era muy desigual en aquellas montañas. Pero el problema no fue conseguir señal. La batería estaba descargada.

—¡Mierda! —Noah no era una de aquellas personas que se mantenían con el teléfono pegado a la oreja las veinticuatro horas al día.

Miró la carretera arriba y abajo, esperando a que apareciera algún vehículo, pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que carecía de sentido quedarse allí. ¿Debería conducir hasta Jackson, que estaba más cerca que Whiskey Creek, o bien regresar a por la mujer tal como originalmente había pretendido?

Ir a Jackson le llevaría demasiado tiempo. Le había prometido que no tardaría mucho y, por alguna razón, le parecía importante guardar aquella promesa.

Se echó la cuerda al cuello, se ató la sudadera a la cintura y arrojó a un lado la cámara de recambio y las demás cosas que llevaba en el maletín de debajo del sillín. Necesitaba espacio para guardar las pilas y el contenido del equipo de primeros auxilios. Sujetó luego la linterna al manillar y partió a toda velocidad.

Tenía que llegar a la mina antes de que oscureciera del todo. De lo contrario, se vería obligado a tomar la carretera o a viajar todavía más lentamente por el sendero, y temía que quienquiera que se hubiese quedado atrapado en el hueco no pudiera sobrevivir a tanto retraso.

Capítulo 2

Adelaide Davies miraba fijamente el agujero que se abría encima de ella, la única cosa que podía ver en aquel espacio tan oscuro. ¿Volvería la persona que la había encontrado?

No parecía tener muchas esperanzas. No tenía manera de calcular el tiempo, pero tenía la sensación de que había pasado una hora o así desde que él le prometió ayuda.

Quizá fuera la misma persona que la había arrojado allí y había vuelto para asegurarse de que no sobreviviría. Quizá supiera que ella era culpable de algo todavía peor que lo que había hecho él, y pensara que se merecía ese final...

«¡No!», exclamó para sus adentros. «Nadie conoce la verdad. Solo yo». Tenía que sofocar el miedo que la atenazaba, o no sobreviviría emocionalmente, aunque lo hiciera físicamente. Habían transcurrido quince años desde la última vez que había estado dentro de aquella mina. De hecho, solo había estado allí una vez antes: para asistir a una fiesta de graduación de instituto cuando era alumna de segundo año.

Todo le había parecido tan excitante, tan maravilloso cuando la invitaron... Pero aquella fiesta la había cambiado para siempre. Nunca más volvería a ser la misma tímida pero feliz muchacha que había sido antes. Y, al contrario que tantas otras víctimas, sabía exactamente a quién culpar. Habían sido cinco. Cinco de los atletas más populares del pueblo, todos de clase acomodada.

Los recuerdos de aquella noche le daban náuseas. Habría acudido a la policía, habría intentado que fueran procesados como se merecían. Pero no podía, por muchas razones.

Estaba haciendo demasiado frío. Tenía que hacer algo o moriría congelada en aquel oscuro y húmido agujero. Después de miles de intentos de escalar o de excavar una salida, apenas podía moverse. Le ardían las muñecas de las heridas que se había hecho tirando de la cuerda que le había inmovilizado las manos. Todo un lado de su cuerpo estaba dolorido de la caída. Pero tenía que chillar, al menos. No podía dejar que el desánimo, la tristeza, los recuerdos ganaran la partida.

—¿Hola? ¿Puede ayudarme alguien? ¿Por favor? Estoy en la mina.

No hubo respuesta; llamar era inútil. El tipo con el que había hablado antes había desaparecido.

Con la garganta demasiado lacerada para seguir gritando, se incorporó e hizo un nuevo intento por escalar. Tenía que salvarse antes de que todo se volviera aún más oscuro. No funcionó. Las paredes eran irregulares y demasiado empinadas, y se llenó las manos de astillas cuando intentó apoyarse en el montón de vigas rotas y caídas.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó. La persona que la había arrojado allí abajo solo la había golpeado lo suficiente para asegurarse de que hiciera lo que quería. No la había violado. Pero en cuanto bajaba la guardia o se distraía demasiado, los recuerdos de lo que había sucedido, la noche de la fiesta, la anegaban en olas cada vez más altas como una marea. Así hasta que su mente se saturaba de pasado y no se sentía ya muy distinta de la aterrada muchacha que había sido a los dieciséis años.

Era el olor, decidió. El olor conjuraba aquella noche tan vívidamente como si acabara de vivirla.

«Dieciséis añitos y todavía no la ha besado nadie», le había susurrado uno de ellos al oído.

Abrazándose, empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás. Temblaba tan rápido que podía oír el castañeteo de sus dientes, pero era incapaz de evitarlo. ¿Estaría en estado de shock?

¿Pensaría acaso en el shock si lo estuviera?